

Descubrimiento de Chichén Itzá

Benjamín Péret

Versión de Santiago Burgos Brito

La moderna carretera recobra de pronto su tradicional aspecto, de camino pedregoso y lleno de baches insinuándose, oruga en la lana de un cordero entre los judiciales de donde brota aquí y allá, la bandera del humo de una carbonera precaria re-
cia, como la vida del indio que la ha hecho nacer. El camión caduco, ebrio del vino siempre nuevo de la maleza circundante zigzaguea, y salta de una piedra a otra como una vieja cebra, y vuelve a caer, al fin, saco abandonado en un charco de lodo, que proyecta su turbio abanico por sobre las ramas bajas, y las deja manchadas hasta que una llovizna se encargue de su ablución cotidiana. Los viajeros hasta ahora amontonados en la promiscuidad de un Arca de Noé de pavos, de puercos chillones y de marquetas de hielo que se disuelven lentamente entre los pies de los indios, de harapos inmaculados, por cuyos agujeros se deja ver un poco de tierra quemada, los viajeros

se impacientan como cabritos que la menor cosa podría alborotar.

De un golpe cambia el decorado. He aquí ahora el camino carretero, ya casi abandonado por las bestias de carga. Desde la entrada, las mariposas que han venido a nuestro encuentro nos saltan desde todas partes. Estas mariposas que en Teotihuacán simbolizaban el último aliento de vida que se lanza hacia la muerte parecen levantarse a nuestro paso para prohibirnos el acceso a un mundo difunto que el camión alcanzará pronto. Cada charco está revestido de una a modo de capa palpitante que se desintegra a nuestro paso, hasta el punto de que el camión parece a veces cubierto de plumas de canario y de blancas flores, unas y otras espolvoreadas de mancha de sangre. Al paso del vehículo que gime, el lodo se desborda, estalla en mariposas proyectadas de todas partes en vehemente protesta. Los viajeros cada vez más escasos son asaltados en todas direcciones

Benjamín Péret. Poeta y literato francés (1899-1959). Publicamos esta poco conocida versión de un viaje a Chichén Itzá. Aunque escrita en prosa, resalta su peculiar estilo poético.



"El Castillo", Chichén Itzá,
ca. 1910.





Chichén Itzá

Descubrimiento y traslado a Pisté de la imagen sedente conocida como "Chaac Mool". En la foto, su descubridor, el arqueólogo y aventurero francés Augustus Le Plongeon; ca. 1873.

por nubes de flechas voladoras. Es un flujo continuo, un torrente aéreo que se eleva bajo el motor gimiente a semejanza de los mendigos de México y que atraviesa el obús convertido en submarino en un mar de mariposas, que van luego depositándose en su lodo predilecto, en donde se inmovilizan como gatos perezosos que se calientan al sol.

En la distancia, algunos pajarillos, como lanzados por las ramas, huyen del autobús, con un ruido de cacero-las lanzadas desde lo alto de una escalera de piedra.

A las puertas de una choza maya, hongo de rocío que parece haber sobrevivido a decenas de siglos para afirmar que la vida continúa a pesar de los hombres encarnizados en limitarla y en destruirla, un chiquillo de rostro patinado por el tiempo, llora, los puños en los ojos, para no ver pasar el vehículo chirriante. Y su hermano, distante como una soberana de antaño, nos mira zarandear, y nos saluda, con un raro gesto de su mano condescendiente.

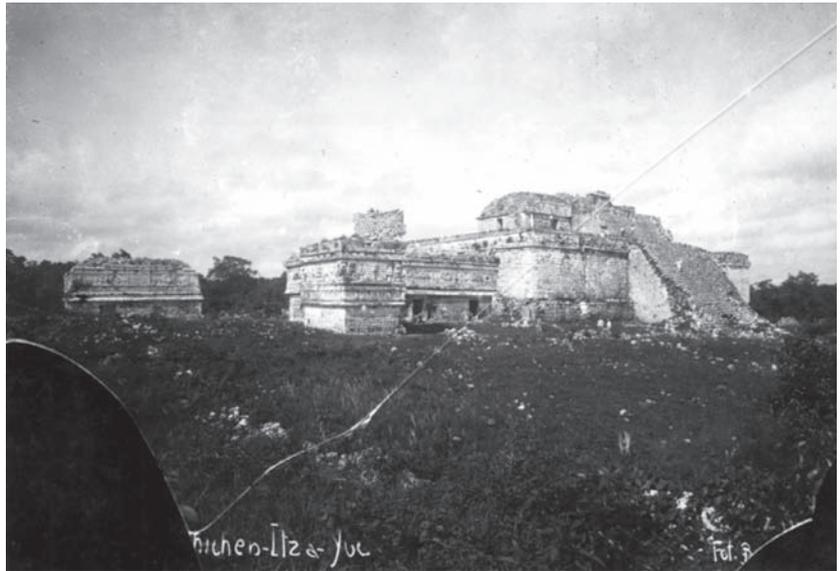
De pronto una pulga gris emerge de la alfombra verde, crece según una aceleración cinematográfica, en tanto que el carro sube la pendiente con trabajos, hasta que parece que va a aplastarse contra la gran pirámide de Chichén Itzá, el Castillo, como le llamaron los conquistadores españoles que lo descubrieron hace cuatro siglos ya en ruinas y



semienterrado por la vegetación tropical. ¡Más de 300 años habían transcurrido entonces desde que los itzaes habían sido expulsados por sus rivales de Mayapán!

En una inmensa explanada, en la que el camino se pierde entre los últimos monumentos aún momificados en sus vendas de plantas, y cerrado por un arco de círculo de bosque, el Castillo domina, con su fantasma gigante gris y mate como un nórdico cielo de invierno, la horda inmóvil de los templos devueltos al sol que los había suscitado: los Guerreros, los Jaguares, el Juego de Pelota, las Mil Columnas, el Mercado, etcétera, revestidos de una pesada armadura de silencio. Y este cielo encapotado por la próxima tempestad extingue hasta los cantos de los pájaros, e invita a penetrar en el corazón doliente del Castillo. Yace allí, amortajada por los constructores de este edificio, insatisfechos de la obra de sus predecesores, una pirámide anterior, más pequeña, y tan bien preservada de la ruina por su mismo sepulcro, que el templo que la oculta ha guardado casi intacto su forro suntuoso, de estuco policromado, así como el jaguar mosqueado de jade, que fulmina al visitante con la mirada de sus ojos verdes.

Si no hay iglesias más bellas que cuando tienden a la ruina, o en todo caso, impropias para el culto, una pirámide no se concibe al contrario, sino dirigiendo su punta hacia el cielo, en



Chichén Itzá
Templo conocido como "Las monjas", ca. 1900, negativo en vidrio,
foto de Santos Badía.



algo así como súplica, exaltación y amenaza a la vez. Sus constructores quisieron ¡es claro!, elevar su montaña a la gloria de dios Sol.

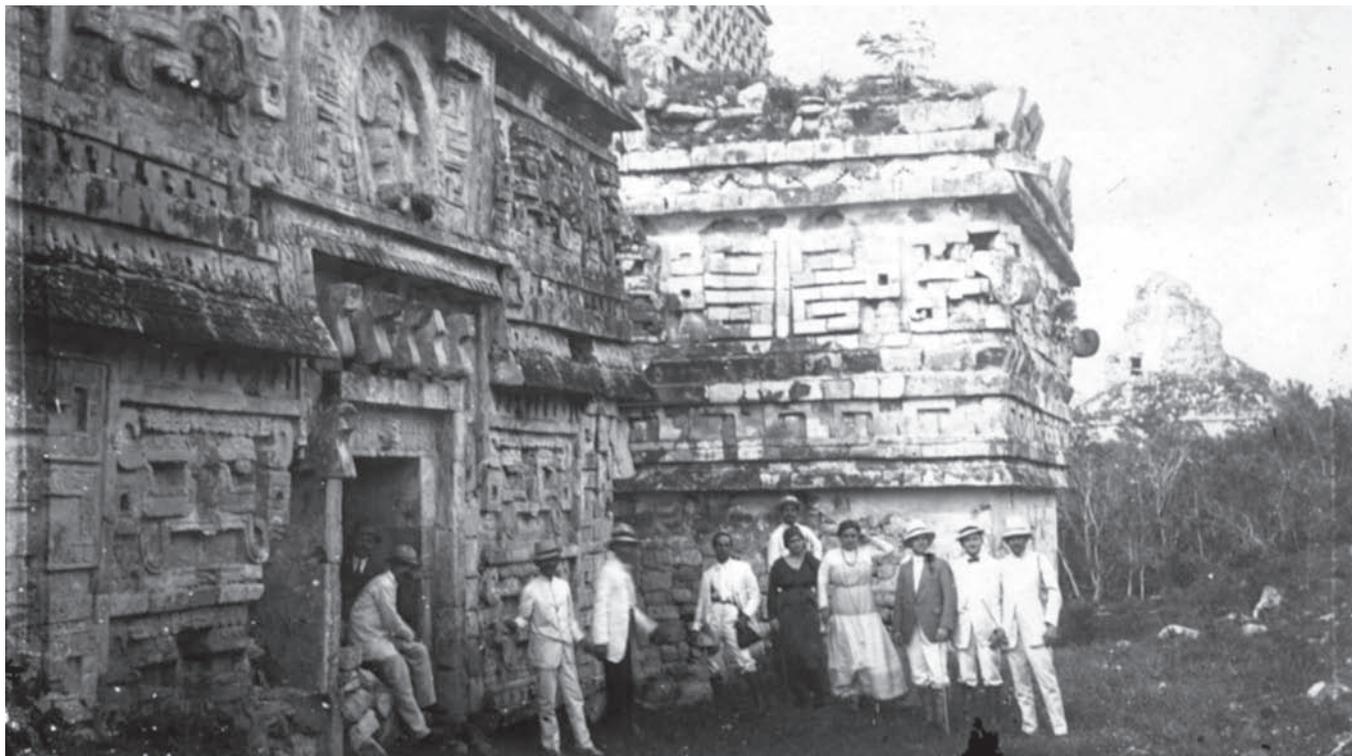
Por las cuatro caras de la pirámide se puede subir al templo, por una escalera de 91 peldaños, o sea en total 364. Agregando a esto la plataforma sobre la cual descansa el templo, se obtiene el número 365, que corresponde a la duración del año civil maya.

El monumento está compuesto de nueve pirámides truncadas y superpuestas, cada vez más pequeñas, de manera que formen, alrededor del edificio, una escalera gigante de nueve escalones, cortada en cada cara por la escalera central.

Los 91 peldaños de las escaleras son tan estrechos y tan altos que

obligan a una ascensión oblicua, de tal modo que la imponente procesión de los sacerdotes y dignatarios que subían lentamente los escalones de la pirámide (es imposible subir de otra manera, a causa de la altura de los peldaños, evidentemente calculada para obligar a una ascensión lenta) debía dar al espectador que abajo quedara la impresión de una inmensa serpiente que desarrollaba sus anillos emplumados para perderse en el templo que corona el monumento. Otro detalle viene a reforzar la hipótesis de la intención de los constructores: los bloques de las nueve plataformas en talud están dispuestos de modo que dibujen una especie de greca que, desde lejos, figura esquemáticamente una

Chichén Itzá, ca. 1910.





serpiente que estrechara a la pirámide entre sus anillos.

Del Castillo se va por el Camino Sagrado, que lo une a un inmenso pozo natural casi oval, de unos mil metros cuadrados de superficie, el Cenote de los Sacrificios. Este ojo de la tierra maya abre sus pestañas de plantas silvestres sobre una pupila aterciopelada de agua verde, de reflejos tenebrosos, que atraen hacia sus veinte metros de profundidad. Observadle por algunos instantes solamente. El espejo —que fue de amor— de su superficie, ha sido despulido, y ya no envía imágenes sino vapores, en los que sería fácil reconocer el aliento enfebrecido de un demonio. El velo de un silencio total lo reviste en una angustia punzante,

desgarrado a ratos por el grito estridente de un ave invisible y errante, partícula de vida solitaria en la espesa vegetación que rodea el pozo de la muerte. El sol, que pule el bronce oxidado del agua, acusa más intensa y más trágicamente la negra profundidad de la sombra que atraviesa alguna vez el ala en llama de alcohol de un ave silenciosa, relámpago sin trueno, que cruza oblicuamente el cenote, detiene para siempre la danza de un insecto que atrapa en la superficie del agua, y desaparece en la pesada nube de la pared vertical. Una broma de angustia casi invisible, como un fantasma que no llegara a condenarse, enlaza y envuelve al visitante y lo arrastra muy fuera del tiempo.

Chichén Itzá, "El caracol",
ca. 1910.



Muy diferente, quizá complementario, es el cenote del Xtoloc, que ahora, como en los tiempos del esplendor de los mayas, sirve para las necesidades de la población indígena, reducida a unas cuantas familias. Si el pozo de los sacrificios tiene un aire lejano e hipócritamente cruel, el de Xtoloc tiene la inocencia de una chiquilla que acuna a su muñeca. A la inversa del primero al que no se puede llegar, éste se deja amablemente acariciar con la mirada, y satisfecho, responde con ronroneos de sol entre ramas que lamen el agua dorada. Si Chichén Itzá fuese una aldea, se verían jóvenes indias, de albos hipiles, encontrarse a orillas del Xtoloc con hombres jóvenes, quienes, a la rápida caída de las sombras, las llevarían hacia senderos

nocturnales sin más estrellas que sus ojos, y los besos serían tan ligeros que no romperían el silencio de Chichén, como un pétalo al caer no perturbaría el agua apacible del pozo del Xtoloc, en cuya orilla vela un templo diminuto, hundido en la maleza.

Ningún río, ningún arroyuelo serpentea por entre los bosques mayas de Yucatán. Únicamente los ojos de los cenotes comprueban la presencia inmediata de un agua subterránea, cuyas corrientes atraviesan en todos sentidos la península. Todo el país está sembrado de cenotes, aunque a veces haya que descubrir este ojo en la órbita de una caverna, como el que se abre en un jardín privado de Mérida. Al nivel del suelo, una abertura estrecha y baja

Chichén Itzá, ca. 1960.





permite descender, por una escalera de piedra construida al efecto, a una caverna que forma una alta nave, por la que se desliza imperceptiblemente una agua de una incomparable limpieza, surcada por raros y minúsculos peces de las corrientes subterráneas. Tan transparente es el agua, que ya hunde uno en ella los pies cuando creía estar varios escalones abajo.

Por el contrario, un aire voluptuoso y horrible flota por encima del Cenote de los Sacrificios, hecho de gritos de espanto, y de cantos de los sacerdotes que arrojan al agua a las vírgenes sacrificadas, que desaparecen "sin morir", o que si logran mantenerse a flote hasta el día siguiente, son extraídas para que revelen al pueblo ansioso la fecha de las próximas lluvias.

Desde lo alto del Castillo, todo el nuevo Chichén Itzá, la capital del "segundo período" de los mayas del renacimiento, se ofrecen las miradas en su estuche de bosque, en tanto que la antigua ciudad —que data de la primera época maya— queda, a lo lejos, disimulada por la vegetación que la estrecha, pues era necesario que, al fin naturaleza, exaltara lo que tanto la había exaltado, lo mismo que una vestidura adorna el cuerpo de aquella para la cual había sido confeccionado.

Al pie de la Gran Pirámide se extiende, en un espacio de 2,700 metros cuadrados, el césped inmenso del Juego de Pelota, rodeado de muros de doce metros de alto. Es dominado por el Templo Sagrado

Chichén Itzá, *ca.* 1980.



a los Jaguares, guerreros que, con las Águilas, formaban una especie de orden de caballería común a todas las sociedades, precolombinas de México y de la América Central en el momento de la Conquista Española. De todos los conocidos hasta ahora, el Juego de Pelota de Chichén Itzá es el que presenta las proporciones más majestuosas: treinta metros de ancho, por noventa de largo, y, en el centro, cerca de los bordes superiores de los muros laterales, el anillo por donde los jugadores debían hacer pasar la pelota, sin recurrir ni a las manos, ni a los pies, ni a la cabeza.

Desde lo alto del Juego de Pelota, en las galerías construidas a este efecto, la multitud ricamente trajeada de los dignatarios y de los sacerdotes

seguía el juego. Este no era sin duda más que un episodio de una ceremonia religiosa que se desarrollaba en el Templo de los Jaguares, cuyos frescos, hoy casi desaparecidos, ofrecían hasta hace cincuenta años escenas guerreras y sacrificios humanos.

En medio de los cantos y de las danzas que acompañan ritos cuyo sentido escapaba a la masa de los fieles, se había ofrecido quizá a alguna divinidad solar el corazón palpitante de una víctima pintada de azul. Un sacerdote le cortaba enseguida la cabeza, que colocaba en una estaca fijada a su vez en el tzompanta, el lugar de los cráneos. Se trata de una plataforma rectangular que se eleva a menos de dos metros del suelo, y rodeada de un muro enteramente

Chichén Itzá, ca. 1970.





decorado de cráneos descarnados, del más lúgubre efecto. Las Danzas Macabras de la Edad Media no evocan, por comparación, más que una broma diabólica. Estas piedras recubiertas de musgo negruzco, suscitan las representaciones más deprimentes en el que las visita, este monumento que se vuelve más siniestro por la sombra en que le mantienen los árboles vecinos.

Los veinticinco templos, poco más o menos, que componen un verdadero barrio del Chichén Itzá del renacimiento, no serían sin embargo más que ruinas, sin el silencio que emana del mismo suelo, tan denso, tan palpable, como la niebla más espesa. Parece que aquí el silencio resulta de una tradición secular, y es

como una parte intrínseca del lugar. No puede uno imaginarse que este silencio haya sido turbado alguna vez, sino por ceremonias destinadas, por su propio esplendor, a hacer valer toda su profundidad en los intervalos que los separaban. La voz humana, en Chichén Itzá, parece caer en copos, nieve de ruido que se deshace al contacto de los templos, y se absorbe por sus paredes y columnas.

Noche de Chichén Itzá, que estremece con los gruñidos de la tempestad que se alejó allende el horizonte, en tanto que los mochuelos ululan, y resoplan los grandes árboles sacudiendo sapos como frutos...

El silencio, que al principio les espiaba, los sigue luego paso a paso, y los cerca, con hechuras de

Equinoccio de primavera de 1974

Juego de luces y sombras que anuncian la llegada de Kukulcán. "El Castillo", Chichén Itzá. Foto LARC.





Chichén Itzá, una de las piezas dadas a conocer por Augustus Le Plongeon, ca. 1873.



conspirador que prepara una trampa. Un hechicero del cortejo de los nueve dioses infernales, saliendo de las ruinas, se lanza a nuestro encuentro, rechazando ante su paso hordas invisibles de sapos. Y comienza el combate singular de un silencio sospechoso con un clamor asfixiante, de un silencio que amenaza con un ruido de castañeteo de mandíbulas. Estalla un primer grito, luego dos, luego tres, y es entonces el asalto irresistible de una ola inmensa que se extiende por el bosque, lo sumerge como una bolsa de insultos en la playa del silencio, y después se retira a pasos contados, dejando escurrirse tras ella una cascada de imprecaciones lancinantes.

Un espanto latente yace en el fondo de esta noche demasiado en calma, demasiado tibia, demasiado húmeda, la que corre a través de las leyendas en las que sobreviven restos de creencias antiguas, con las que el pueblo maya ilumina su pobre existencia. Se han devuelto los templos a su vana espera del segundo retorno de los "grandes itzaes", que no volverán más, puesto que los españoles los expulsaron de su último refugio, dispersándolos 136 días antes del Katún Ahau, el Katún fatal de la historia maya, que, de acuerdo con los profetas de los sacerdotes, significaba el abandono de su antigua religión a favor de la religión de los conquistadores.